



Salir del aula, explorar nuestra ciudad

Victoria Eugenia Bulacios Sant' Angelo

María Florencia Arias

Las instancias de observación participante propuestas por las cátedras nos generaban un particular entusiasmo. Más allá de ser la excusa perfecta para escapar de la rutina universitaria y el formato escolarizante, en ese pequeño movimiento había una apuesta mucho más que simbólica. Se trataba de poner en práctica todo aquello que leíamos en la teoría, de jugar a ser Malinowski en nuestros propios barrios, como una suerte de rito de pasaje: primero leemos, después escribimos hasta que finalmente “salimos al campo”. Nuestro campo podía ser un mercado, una feria o una plaza: este último fue nuestro caso. Salir del aula para practicar la mirada etnográfica en los contextos cotidianos implicaba exotizar un viaje en colectivo, las charlas callejeras, prestarle una atención diferencial a los gestos y las palabras, preguntarse por los colores de los carteles y las disposiciones de la materialidad. Las charlas pasaban a ser diálogos, las miradas observaciones y las anotaciones registros de campo. Pero también implicaba asumir otras preguntas ¿en qué consiste la “observación participante”? o en pocas palabras ¿qué estoy haciendo acá?

En mi caso, era la primera vez que iba a la plaza Yofre. Recuerdo haber llegado a la plaza y no saber dónde ubicarme, si sentarme o quedarme parada o caminar ¿qué posturas, movimientos o ejercicios implicaba “poner el cuerpo”, como nos decían lxs profes en clase? y en tal caso ¿cómo “se ponía el cuerpo” en una plaza barrial? Saqué el cuaderno y comencé a anotar primero la temporalidad (qué día era, a qué hora había llegado) y luego la espacialidad, que fui describiendo y detallando. Fue en la escritura donde comencé a analizar la disposición de los monumentos, los diferentes espacios en un mismo espacio, quiénes los habitaban y qué relaciones se daban en cada uno de ellos.

Por el contrario, para mí la plaza formaba parte de mi cotidiano. También me costaba saber hacia dónde y qué dirigir la vista, frente a una mirada ajena que en ese contexto puede resultar un poco intimidante. El nivel de detalle del registro me conflictuaba. Recuerdo registrar las cosas que pasaban, detallando las horas y minutos en las que ocurrían. Era difícil

evitar la pregunta: ¿Y si necesito ese dato después? o ¿esto es realmente relevante?. Por otro lado, recuerdo que nos resultó complejo amalgamar ambas observaciones en un único escrito, algo que quedó plasmado en el mismo. Yo realicé el registro por la mañana temprano y Victoria por la tarde, dos momentos en los que la plaza presenta dinámicas muy diferentes entre sí y que lamentamos no haber detallado en el escrito. En ese sentido, el ejercicio de escribir a partir de un material elaborado por nosotras mismas también fue desafiante. Si bien estábamos acostumbradas a escribir juntas, una cosa era responder preguntas teóricas y otra muy distinta armar un escrito etnográfico.

Hace pocos meses en medio de una mudanza encontré el registro de la observación. Releer el parcial me remontó instantáneamente a aquella tarde en plaza Yofre y a las sensaciones de esas primeras salidas a campo. El entusiasmo, la incertidumbre y la sorpresa son emociones que aún me acompañan en mi trabajo etnográfico, como así también muchas de las preguntas que me planteaba durante esas observaciones iniciales. Revisar el escrito me generó una sensación de nostalgia. Actualmente, al encontrarme disciplinariamente alejada de la antropología social, me recuerda al cursado de la carrera y a las intenciones con las que ingresé, aunque después mi carrera haya virado hacia otra especialidad.